

Con motivo del nombramiento de Andrés García Maldonado como “Hijo Predilecto de Alhama de Granada”, y la dedicatoria de una avenida en su ciudad natal, el sábado 10 de julio de 2010

En el homenaje de Alhama de Granada a Andrés García
Maldonado

VIAJE DE IDA Y VUELTA A UNA AMISTAD

Por Rafael DE LOMA

A veces, en el transcurso de nuestra vida ocurren cosas que nos dejan marcados para siempre. A mi, por ejemplo, me ocurrió una cosa llamada “Sol de España”, pero no a mí sólo, también a un grupo de compañeros que coincidimos felizmente en un tiempo pletórico de juventud, en una apasionante tarea periodística y en un espacio único de convivencia y compañerismo que no nos abandonará jamás. Fue un periplo pleno de vivencias que duró quince años, del 67 al 82, pero que, para quienes lo vivimos con intensidad, habría de convertirse en una especie de bendición vitalicia tras cuya estela aún seguimos respirando.

Arrancaba la primavera de 1967 cuando Andrés García Maldonado y yo nos conocimos en Marbella, punto de encuentro y de partida de aquella singladura en la que nos embarcábamos con el depósito de ilusiones a tope; él, procedente de un lugar único llamado Alhama de Granada y yo procedente de otro paraíso particular llamado Ceuta. Los dos muy jóvenes –él más que yo-, los dos muy entusiastas y ambos con unas ganas tremendas de que aquel periódico, que

tanto trabajo nos iba costar parir, resultara lo que al final resultó: un emblema dentro de la dilatada historia de la Prensa malacitana.

También, a veces, en el transcurso de nuestra vida, ocurre que se encuentra uno con personas muy especiales con quienes, a partir del minuto cero del conocimiento, quedará vinculado para siempre con lazos imposibles de romper. Y eso justamente es lo que nos pasó a Andrés García Maldonado y a mí: que por razones de física y química decidimos ser, además de buenos compañeros, buenos amigos. Pero amigos para siempre. Han pasado años, décadas, y aquella amistad y aquel compañerismo siguen tan sólidos como el día que nos dimos la mano por vez primera en el arranque glorioso de la aventura periodística más apasionante que podíamos imaginar. La vida nos deparó una rarísima y doble oportunidad: compartir un proyecto que siguió siéndolo aún después de dejar de serlo y una amistad verdadera y duradera que todavía se mantiene intacta.

No siempre los grandes recuerdos se nutren de momentos alegres y felices. Esos son los menos. Los verdaderos recuerdos, los que te dejan huella, se forjaron en trances de dificultades y adversidades, en angustias y desesperaciones, en instantes decisivos en los que el valor primordial era invariablemente el del esfuerzo común, el de la entrega, el de la fe en lo que hacíamos, aunque lo que hacíamos era bastante increíble, difícil o ciertamente arriesgado.

Los quince años del diario “Sol de España” fueron tan intensos, tan vivos, que bien podría asegurarse que sus vicisitudes, su historia, equivaldrían a la historia y a las vicisitudes de un periódico que viviera cien años. Lo sabemos muy bien quienes viajamos por toda la transición española a bordo de aquella lanzadera durante los tres lustros decisivos que determinaron nuestro futuro. Lo sabe muy bien Andrés, que vivió con nosotros la génesis de nuestro querido “Sol” y sus más venturosas y desventuradas incidencias.

Andrés García Maldonado, a quien hoy su queridísima Alhama de Granada reconoce los méritos de una vida plena, comenzó su tarea en “Sol de España” el 3 de mayo de 1967 trabajando, junto a otros excelentes compañeros, en Málaga capital donde se montó una redacción en un piso de la calle Liborio García,

cruce con Calle Nueva. Anteriormente, según hemos evocado algunas veces, había asistido a una prueba que se le hizo en la redacción de Marbella (donde se hallaban las instalaciones centrales) el día 26 de marzo anterior. Y así fue como este inquieto periodista alhameño estuvo presente en los momentos fundacionales del diario al que tan grandes aportaciones haría y del que sería uno de sus “clásicos”.

A Andrés, como a tantos otros compañeros con quienes compartí vivencias, emociones, tristezas y alegrías desde el principio o a través de los años del diario, debo referirme siempre con cariño, con admiración y con amistad imperecedera, valores que se ganó a pulso.

Un día de aquellos años tan políticos y atractivos, a mi amigo Andrés le entró el gusanillo de la política. Apostó fuerte por unas siglas, lideró una candidatura, se apartó provisionalmente del frente periodístico, cambiándolo por otro más beligerante, y se nos convirtió de pronto en un personaje popular, en un político accesible y práctico y en un prolífico teniente de alcalde de una capital a la que ayudó enormemente en su modernización.

Antes que eso, en los albores de aquel “Sol”, Andrés compartió riesgos informativos con Antonio Ramos Espejo, otro joven e ilusionado informador, también de Alhama de Granada (hoy, uno de los más grandes periodistas andaluces), quien, para empezar, escribía sobre Torremolinos. (Qué buena cantera la de Alhama, hemos comentado más de una vez con ambos compañeros.) Hay tantas cosas, y tan buenas, que decir del brillante currículum profesional de Antonio Ramos Espejo que basta con enunciar su nombre para visualizar su ejemplar trayectoria como periodista y como escritor. A mi me queda el bonito recuerdo de haber sido compañero de Antonio cuando “Sol de España” iniciaba su camino.

Hoy, en este homenaje a García Maldonado, mi presidente en la Asociación de la Prensa malagueña, mi presidente en la Federación Regional Andaluza; en una palabra, en este reconocimiento popular a mi amigo de toda la vida, tengo especial empeño en reconocer públicamente que sigo en deuda con él con

varias asignaturas pendientes de gratitud, una de ellas de especial emoción para mi.

Gracias a Andrés gané un premio literario, para mí el más querido de cuantos haya podido conseguir: la Pluma de Oro de la Fiesta de la Narración Breve, del Liceo de Málaga Peña Malaguista, año 1973. ¿Por qué le debo a Andrés García Maldonado haber ganado aquel premio, para mí tanpreciado? Muy sencillo. Una noche de trabajo del mes de junio de 1972 entró Andrés en mi despacho de Subdirector, como hacía con frecuencia, y me pilló escribiendo algo mientras hacíamos tiempo para ver la prueba de la primera página, que era la última en entregarse para el cierre. En mis poquísimos ratos libres me dedicaba, y me sigo dedicando, a escribir algunas cosillas que yo consideraba, y considero, cuasi literarias y, por supuesto, íntimas y no publicables. Andrés me pidió que le mostrara el original que acababa de terminar, un cuento corto de menos de dos folios que titulé: “El fruto de tu vientre”. Me resistí a mostrarle el escrito, pero Andrés es, en frase de aquellos tiempos, inasequible al desaliento, y su insistencia me convenció. Entonces, tras leer los papeles y sin que yo pudiera apercibirme, porque enseguida entramos en la vorágine de las prisas de última hora, hizo una fotocopia de la narración y se la guardó. El tiempo pasó y yo tenía completamente olvidado el hecho de que García Maldonado fuera la única persona que había leído aquella narración, que también tenía yo prácticamente olvidada.

Era julio y me fui de vacaciones. Al regreso recibí una emoción que no olvidaré nunca. Mi padre, muy enfermo ya, me esperaba ansioso con un ejemplar de “Sol de España” en la mano. Antes de abrazarme me dijo con la voz rota por la alegría: “¡Hijo, has ganado un premio literario, has ganado la pluma de oro!” No entendí nada. Temí que mi padre, tremendamente afectado por la muerte de mi madre el año anterior, estaba delirando. Pero no. Mi padre estaba bien cuerdo, por un lado, y loco de contento, por otro, porque su hijo había ganado un premio literario. Cuando ví el periódico comprobé que, en efecto, mi cuento “El fruto de tu vientre” había ganado, por unanimidad del jurado, el premio “Pluma de Oro” de la II Fiesta de la Narración Breve, del Liceo de Málaga, entre más de novecientos trabajos presentados desde toda España. El relato con el que, involuntariamente, gané el certamen está basado en un hecho real del que tuve conocimiento casual Pero, ¿cómo podía haber ganado un premio sin

haberme presentado? Tardé en reaccionar hasta que caí en la cuenta de que sólo podía haberlo hecho el bueno de Andrés García Maldonado. Le llamé por teléfono y me corroboró que, sabiendo que yo no lo haría, tramitó él mismo el envío al concurso literario como si el remitente fuera yo. Me dijo que le había impresionado aquel trabajo y que era una pena que durmiera en un cajón. Mi segunda emoción vino cuando fui a recoger el trofeo -una pluma de ave, de oro, con una bonita peana de mármol y una cantidad en metálico- y ya mi padre no pudo acompañarme porque había fallecido semanas antes. Me lo entregó Antonio Portillo, un prestigioso abogado que presidía el Liceo Peña Malaguista, en un emotivo acto que tuvo lugar en la sede de la institución, situada por entonces en la Plaza del Carbón. Andrés García Maldonado asistía al acto con una sonrisa de felicidad y con el inconfundible gesto de un buen amigo que se alegra de un éxito ajeno como si fuera propio. Nos dimos un grandísimo abrazo.

Hay más cuentas en el débito personal de nuestra amistad, creo que casi todas a su favor. Por mi parte, creo que puse lo que buenamente pude para que mi papel de jefe, un rol difícil entre tanta gente brillante, no fuera jamás un impedimento para el entendimiento del trabajo y de la relación. Y algo me dice que no debí equivocarme demasiado, puesto que pasado aquel tiempo, y otros tiempos, Andrés y yo, distanciados en actividades, permanecemos unidos en un viaje de ida y vuelta, el de la amistad y el trabajo, fraguado hace muchos años en un "Sol" muy especial que, para nosotros y para mucha gente que lo recuerda con cariño, nunca dejará de brillar.

En este día tan feliz, quiero unirme al merecido homenaje que su querida patria infantil le dedica a Andrés con todos los honores, incluido el de plasmar su nombre en una calle por la que pronto jugarán otros niños que quién sabe si el día de mañana seguirán sus pasos...

¡Enhorabuena, Andrés! Y ¡Enhorabuena, Alhama!

Rafael DE LOMA

Periodista y escritor

En Alhama de Granada, a 10 de julio de 2010